

Al margen

La cultura, desde los partidos

Por fin los políticos se definen. La Cultura, con mayúscula, que desde el primer discurso de la Corona fue presentada como uno de los puntales de la nueva sociedad española aparejó, por lo mismo, muy socorrida montura para los partidos y partidillos que pugnaban por tener plaza en el Parlamento y decir la suya en la concepción de la carta constitucional. Sin perjuicio, una vez ganada la silla, de que tales partidos no volvieran a acordarse de la cultura, ni siquiera con minúscula, si descuentos los enzarzamientos en torno a la educación, lo que antes llamaban instrucción pública. Es más; si un ministerio ha obtenido poco o ningún respaldo, en lo económico como en lo demás, cabalmente es el que se titula de Cultura. Independientemente del talento y fuelle de quien lo desempeña, parece que todos a una se han concertado para restar posibilidades al departamento y no apostar, en suma, por su eficacia.

Si los intelectuales de a pie, poco importa que nos quejemos de esa falta de respaldo; es en cambio lógico que el Instituto del Libro, el INLE, que en esta hora de reformas tiene la barba a remojarse, se haya movido para una exploración a fondo de lo que los partidos en candelero se proponen en el campo cultural, y más concretamente en orden a las suertes del libro. Y los resultados presentan en su órgano, «El Libro español», entrega de mayo.

A la consulta han correspondido: Unión del Centro Democrático, por la pluma del profesor Ricardo de la Cierva; la Comisión de Cultura —sin más especificación— del PSOE, el profesor Fraga Iribarne, por Alianza Popular; José Sandoval, por el PCE; Josep Maria Ainaud de Lasarte, de Convergència Democràtica de Catalunya; el profesor Tierno Galván, por el Partido Socialista Popular; más una carta abierta del veterano don Justino de Azcárate, senador por designación regia.

Aunque alguno de los interpelados no se salga de las declaraciones generales, dejando para un segundo momento el descender a planes concretos, todos se muestran acordes en estimular en el ciudadano, desde la escuela primaria, la apetencia de lectura; en evitar toda manipulación del libro —sea mediante la censura, sea por el sometimiento de su contenido a la comercialización—, que en principio es neutro y su impacto depende de la formación del lector; en garantizar los derechos del autor, y de ese autor —más abundante en nuestra editoria— que es el traductor (el creador del libro, escribe Ricardo de la Cierva, es su autor);

Una primera medida sería una nueva Ley del Libro y la reorganización del INLE, de benemérita acción por otra parte, adecuándolo a las nuevas tareas y ligándolo más estrechamente con el ministerio de Comercio, el Centro Iberoamericano de Cooperación y organismos análogos. Fortalecer, asimismo, las competencias del ministerio de Cultura, abocando para el mismo cometidos ahora asignados a otros departamentos —representación en la UNESCO, agregados culturales, etcétera—. Centrar la cobertura de los medios públicos de comunicación en la información y difusión del libro (UCD); crear un centro coordinador y distribuidor de las publicaciones oficiales y unificar los servicios bibliográficos de esos centros (PSOE); subvencionar la adquisición de libros por centros públicos y privados y abrir canales de financiación para que los libreros concedan facilidades de pago (AP); difusión directa del libro en los sectores populares, bonificación en los impuestos de radicación y apertura a las librerías de los barrios y exención de cargas fiscales para las iniciativas de difusión del libro —ferias, exposiciones, conferencias— (PCE), etcétera. Comunista no soy, más no me importa admitir que el programa más detallado y persuasivo es el que presenta José Sandoval.

Mención aparte merece el de CDC, pues de cerca nos toca. Tras propugnar el traspaso de los servicios del INLE en nuestra región al Institut Català del Llibre, como sucedía antes del 39, y obviamente los del ministerio de Cultura a la Generalitat; Josep M. Ainaud propugna el conocimiento y difusión del libro catalán en toda España —una riqueza cultural que no es exclusiva de los catalanes— y superar el abandono en que se ha tenido la difusión del libro catalán en el extranjero, especialmente en las bibliotecas universitarias. También la regulación de cursillos de catalán para cajistas, linotipistas, correctores tipográficos y literarios, traductores y análogos. Hacer hincapié en la Escuela de Bibliología, la de Librería y la de Artes del Libro; coordinar la labor de las bibliotecas públicas oficiales y de iniciativa privadas; una política de premios literarios así oficiales como privados; apoyo a ferias y a manifestaciones tan arraigadas como el Día del Libro; promoción y dotación de bibliotecas escolares y, último pero no menos importante, erigir la Biblioteca de Cataluña en centro de la actividad bibliológica catalana «como contribución colectiva al mejor conocimiento del libro mundial». Perfectamente de acuerdo. —M.

Una primera y ambiciosa novela: «El mismo mar de todos los veranos», de Esther Tusquets

BUENA parte de la crítica ejercida sobre el género narrativo se ha basado en el presupuesto de que la novela —a diferencia de la poesía, por ejemplo— poco o casi nada tenía que ver con el narrador, que éste trabajaba con elementos siempre imaginarios, ajenos a su propia existencia. La novela derivaba así, como exigían las retóricas tradicionales, de la épica; en tanto que la poesía derivaba, en su mayor parte, de la lírica. El tópico ha sido matizado, en ocasiones, pero todavía hoy sigue perdurando. Y, sin embargo, aceptamos fácilmente que la novela de Dostoievski, de Flaubert, de Hemingway o de Mario Vargas Llosa, por citar sólo algunos ejemplos de obras conocidas, difícilmente puede entenderse en su totalidad sin situar al novelista «en» su propia obra. Con frecuencia, también, se ha repetido que las primeras novelas recurren habitualmente a situaciones vividas, mezcladas, distorsionadas o disfrazadas con otros elementos totalmente imaginarios. Lo cierto es que buena parte de la novela de hoy gira en torno a elementos líricos, porque la novela en cuanto a género se ha tornado en sus vertientes más experimentales un «género que ambiciona la totalidad», de la que difícilmente puede sustraerse sin menoscabo de la profundidad requerida gracias a la vivencia del autor. El «nouveau roman» fue una reacción francesa a una tendencia general, aunque breve. Y hoy nos hallamos en la diáspora de aquella tendencia. El mismo mar de todos los veranos, (1) de la editora Esther Tusquets (creadora, directora y animadora de la barcelonesa Lumen) es una primera novela y es también en buena parte novela-confesión. Aún más; fundamentalmente novela de clave. Algunos de los personajes que surgen en las páginas de dicha novela son personajes conocidos en los medios intelectuales y familiares en los que se mueve la autora. En parte, también, dichos personajes nacen

de una confesión, de la necesidad que tuvo la autora, creemos adivinar, a la hora de su redacción, de comunicarnos su «experiencia» de la vida.

La narradora se sitúa en la edad de casi treinta años: «...y lo cierto es que, por una razón o por otra o por todas ellas, este mayo de hoy se enlaza misteriosamente con mayo ya lejanos, y es como si todos estos años —casi treinta— supuestamente densos, supuestamente colmados, supuestamente fructíferos, estos casi treinta años que abarcan lo que debiera haber sido la plenitud de mi vida, con todo lo que durante ellos he vivido, he conocido, he hecho —¿he vivido?—, no fueran de repente otra cosa que un paréntesis banal y un tanto estúpido...» (p. 53). Esta voz que narra no corresponde en su totalidad a la autora. Sería excesivamente simple, fácil y falso reducir la novela a equivalencias totales. Pero, buena parte de la personalidad de la protagonista o de su madre o de aquel medio burgués barcelonés son fragmentos de un espejo que refleja la personalidad nada simple de Esther Tusquets. El mismo mar de todos los veranos corresponde al grupo de novelas de «la burguesía que juega», entre las que habrá que situar desde obras significativas de García Hortelano hasta algunas de las de los hermanos Goytisolo (Juan y Luis). A diferencia de aquellas, la obra de Esther Tusquets deberá definirse por su posición decididamente femenina (y en algunos aspectos feminista) de su autora. Interesa más en este sentido una decantación que abre las puertas a un «punto de vista» pocas veces utilizado, que la visión «amoral» o escandalosa de algunas de sus páginas. Su tema fundamental es el amor en ángulos conocidos: el rechazo del «amor burgués o matrimonial» tradicional, el «amor a la vida» característica de una sensibilidad adolescente, el

«amor al otro» sea del sexo que sea, y en él aparecerá también íntimamente vinculado el sexo.

El mismo mar de todos los veranos está constituida por dos ejes simétricos. De un lado, la búsqueda del «tiempo perdido». La alusión a Marcel Proust es inevitable. De otro, el intento de hallar la «identidad» personal de unos personajes que son complementarios. La vida y el amor aparecen en función precisamente de unos interrogantes que se alzan comunes a los personajes y a las personas que van a leer. El fondo de ambas inquietudes está constituido por la ciudad de Barcelona, contradictoriamente sentida, recuperada en algunas zonas bien identificadas, la Barcelona burguesa y su Ensanche y su apéndice literario natural: la Costa Brava. Las alusiones generacionales son guiños que nos lanza la autora y que fácilmente podremos adivinar: «Hay tanta luz en el jardín que la casa al fondo —me pregunto si una Vitti morena lee a Pavese en algún rincón escondido—, con todas las ventanas y grandes puertas correderas abiertas, y en el interior las arañas de cristal, las lámparas de pie o de sobremesa todas encendidas, parece oscura. Y mientras discurreo y río y reparto besos a destajo y bebo quizá demasiado, intento imaginar como serían las fiestas de los abuelos...» (p. 94). La novelista salta en el tiempo hacia adelante y hacia atrás, bucea en el pasado o se deleita en los paisajes mediterráneos, se angustia, se interroga en las noches, donde nunca falta la referencia alcohólica. Son los destellos de lirismo, los momentos más logrados de la narración, en la que la naturaleza de lo que se vive, nos retrotrae al existencialismo nunca superado totalmente de los años cincuenta. Toda la temática de la narración —en la que descubriremos fácilmente la anécdota, la trama— viene elaborada en función de un discurso narrativo propio, una vocación por el

estilo, por el hilo del discurso y sus ondulaciones y repliegues que va a seguir la sinuosa línea de la memoria, de los detalles significativos, de las «magdalenas proustianas» que paso a paso jalonan la historia. El esfuerzo más significativo de la autora reside precisamente en la «forma» como se enlazan los engranajes de los periodos, generalmente largos y barrocos. Aquí estilo e historia quedan perfectamente ensamblados. En ocasiones, dichas sinuosidades pueden parecernos fatigantes, pero en ellas reside la deliberada morosidad, la necesidad de una personalidad expresiva. El buceo en un «yo» fragmentado y enriquecido con experiencias ajenas o imaginarias se vierte en los largos periodos a los que la novela en castellano nos ha acostumbrado últimamente huyendo quizá del frío esquematismo de un estilo azoriano mal entendido y digerido.

El mismo mar de todos los veranos, como novela en la que percibimos una «confesión» es, en muchos sentidos, irreplicable, como es irreplicable también su fórmula expresiva. Sin embargo, la novela no cae en las facilidades de una primera novela. Afortunadamente estamos ya lejos de dejarnos sorprender por fenómenos como Nada, de Carmen Laforet. La novela peninsular se encuentra, en estos momentos, en estadios bastante más avanzados, ofrece mayor riqueza en su contexto. Una sinceridad «literaria» dosificada convierte la novela de Esther Tusquets en un libro en el que el lector descubrirá a una escritora que difícilmente, pese a su actividad editora, tornará al silencio. Hay en El mismo mar de todos los veranos muchos caminos a seguir.

Joaquín MARCO

(1) Esther Tusquets. El mismo mar de todos los veranos. Editorial Lumen. Barcelona, 1978.

MESA DE REDACCION

CON HITO BLANCO



Dentro de lo que pueda significar una empresa de indudable aliento cual la Fundació Bernat Metge de clásicos grecolatinos servidos en texto original y en rigurosa versión catalana, y que del término, de la guerra acá ha duplicado ampliamente lo editado en su primera etapa, hora es de subrayar la notable aportación que a su catálogo viene efectuando el latinista y poeta, nuestro compañero el profesor Miquel Dolç. Luego de colaborar en la traducción de las «Historias» de Tácito, un par de libros de Ovidio y los poemas de Estacio, y acometer la incorporación de los satíricos Marcial y Persio (Juvenal fue servido por mossèn Balasch), como de los dieciséis libros de los «Analectas» de Tá-cito, nuestro ilustre colaborador se impuso la tarea de verter en prosa poética catalana toda la obra de Virgilio. Puede sorprender, pero sí el castellano cuenta, de antiguo, con la traducción que para Juan II de Aragón hizo don Enrique de Villena y, en verso, la del toledano Hernández de Velasco, anterior ésta en treinta y más años a la primera italiana, la de Annibale Caro (1581), mientras un Virgilio completo dio ya el vallisoletano Diego López en su chata prosa; cierto es que el mantenido tardaría a tener igual suerte en catalán, pese a haber incluido ampliamente y ser citado por nuestros humanistas. Quien esto escribe recuerda haber recurrido —en clase de Balcells— a los dos tomos de la «Eneida» traducidos por mossèn Ribera, en endecasílabos catalanes tan envarados y artificiosos como escasamente fieles al original, al igual que la restante producción de Virgilio.

A reparar el estropicio del académico mallorquín, su paisano Miquel Dolç acudió, primero, con la edición crítica y traducción de las «Bucólicas», seguida media docena de años después con la de las «Geórgicas», y mientras ponía mano a la obra mayor. Hoy,

cuando la Bernat Metge dobla el cabo de los doscientos volúmenes, el profesor Dolç presenta el cuarto y último tomo de la «Eneida», recio volumen que, a par con las consabidas notas textuales y las aclaratorias, se enriquece con un utilísimo índice onomástico de la obra que cubre dos docenas de páginas a dos columnas. Un hito, y no pequeño —permitámonos decir— en la cultura catalana.

TAPICES EN ARAGON

Un tema artístico de primera importancia, y apenas tratado, es el de los tapices flamencos y franceses existentes en España. La aragonesa Carmen Rabanos Faci lo ha estudiado en profundidad durante cinco años de incansables búsquedas referidas a los de su región, y los resultados de su tesis doctoral son los que sintetiza en el último volumen de la popular colección Aragón, de la Librería General. Resulta de ahí que, además de la proverbial y riquísima colección del Cabildo zaragozano (64 tapices en trece series, además de once piezas aisladas), que sólo ahora van a ser instalados íntegra y adecuadamente (se trata de ejemplares de 4 metros de altura por más de 8 de anchura); otras colecciones eclesiásticas relevantes son las de la parroquia de San Pablo (8 tapices de Bruselas, primer tercio del s. XVII), del palacio episcopal de Barbastro, el Museo de Roda de Isábena y la catedral de Albaracín. Estas colecciones, prácticamente las únicas menos o más accesibles, no agotan ni con mucho el tema. La Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja cuenta con 44 piezas, nada menos, para ornatar dependencias reservadas a recepciones oficiales; 23 poseen los duques de Villahermosa en su palacio de Pedrola (el de la Insula Barataria de Sancho Panza) y dos la duquesa de Alba, en el de los Aranda en Epila; 11 la Universidad, parcialmente expuestos en el rectorado y en la Facultad de Derecho; de 8 consta la colección de los herederos de Arturo Guillén Urzáiz, y de dos espléndidos ejemplares de Brujas, siglo XVI, la de Joaquín Dusmet en la localidad zaragozana de Ambel. Más los dos que atesora la Diputación, los tres que decoran entidades bancarias, otro más en la

R. Sociedad Económica de Amigos del País. Con alguno de coleccionistas particulares que no han permitido la mención de sus nombres, y razón no les faltará, arrojan un suntuoso total que acrecienta el interés de «Los tapices de Aragón», el libro de la doctora zaragozana.

«HEROE», LA EMPRESA DE ALTOLAGUIRRE

En la recuperación de las revistas literarias de la República, pulcramente servidas en edición facsimilar por la firma alemana Topos; y a seguido de «Hora de España», «Caballo verde para la poesía» o la bergaminiana «Cruz y raya», toca la vez a la exquisita revista «Héroe» que Manolo Altolaguirre y Concha Méndez Cuesta, su mujer, estampaban en su imprenta casera de la madrileña calle Viriato, 35, en 1932-33. Le precedieron otras empresas de Altolaguirre, aparte de la malagueña «litoral»: los 6 números de la madrileña «Poesía» (más uno extraordinario en París, 1930); y le seguirían los diez de «1.616» (Londres, 1934-35), además de las ediciones poéticas Héroe (1936), con poemarios de Cernuda y Prados, de Blai-berg, Juan Panero, Serrano Pla, Vivanco, etcétera. La revista se dispuso en seis números, que indeciblemente se abrían con una semblanza lírica —Altolaguirre, Aleixandre, etcétera— debida a Juan Ramón Jiménez. En casi todos ellos colaboraron Lorca y Cernuda, Aleixandre en cuatro, como Concha Méndez, y Altolaguirre en tres, como en dos Moreno Villa. Con un poema cada uno, participaron Unamuno, Guillén, Salinas, los mejicanos Alfonso Reyes y Genaro Estrada, el francés uruguayo Supervielle (traducido por Altolaguirre), Gerardo Diego, la Chacel y Ernestina de Champourcin, Quiroga Pla, Alfaro, Muñoz Rojas, Foxá, Margarita de Pedrosa, Luis Amado Blanco, Margarita Ferreras y Carlos Martínez Barbeito. Esta reedición en volumen se completa con un prólogo de nuestro último premio Nobel, en evocación del poeta malagueño; y con el epílogo, del hispanista Dietrich Briesemeister, catedrático en Maguncia.

La verdadera historia de Karen Ann Quinlan

Joseph & Julia Quinlan y Phyllis Battelle
El relato de 1ª mano de la agonía de Karen Ann

grijalbo «Libros libres»

El Fan «El Admírador»

Bob Randall

Este libro es un «tour de force» sexy e ingenioso, una historia estremecedora

grijalbo «Libros libres»